

ficar nuestro porvenir en sus relaciones misteriosas con la eternidad.

¿Cuáles son los efectos sensibles de la gracia que nos regenera en Jesucristo por la penitencia? Muchos en verdad; pero yo quiero señalaros aquí tres de ellos, análogos en todo á los que sirven de pauta, digámoslo así, al zelo del Apóstol, para pintar la condicion de aquellos que por su inconstancia deben ver ya su justificacion como una especie de imposible: primero, la luz de los desengaños; segundo, las felices emociones de la penitencia; tercero, los goces de la virtud. He aquí un triple poder con que la gracia remueve, agita, depierta y trasforma del todo á los que, bien hallados en los caminos de vicio, yacen en las tinieblas de las pasiones y duermen sin zozobra en los bordes del abismo. Óbrase en ellos el gran sacudimiento: su inteligencia se abre en una region desconocida: una luz misteriosa y nueva les manifiesta su propio rango, disipa sus ilusiones y previene su voluntad: un paso más, y ésta ya conmovida, se agita en un sentido absolutamente contrario del que le era habitual: se turba, vacila, tiembla, cambia de objetos en sus aspiraciones y repugnancias, retrocede á los antiguos olvidados dias, y vuelve, por fin, á incorporarse mediante la penitencia en el número de los que temen, de los que esperan, de los que desean y de los que aman al Señor. Desde este feliz momento dias mas puros y serenos empiezan á señalar el curso de su existencia. Su entendimiento ha recibido un aumento de luz, que ántes no conocia: preséntansele bajo un aspecto maravilloso los dogmas sublimes del cristianismo, las máximas augustas de la moral: posee ya la ciencia de los santos; se sorprehende él mismo con el tino y

acierto que distingue sus consejos; halla en el fondo de su corazon una insaciable sed que le agita en busca de los merecimientos, de los goces del espíritu; cada dia siente mas y mas la dulce precision de amar y al mismo tiempo de temer. ¿Qué sucede entónces? Reconoce y admira en este conjunto de gracias los dones y los frutos que anuncian la participacion del Espíritu Santo; y siempre feliz en su grata mudanza, parece decirle á Dios como el Príncipe de los Apóstoles á Jesucristo en las cumbres del Tabor: „Bueno es permanecer aquí.” *Bonum est nos hic esse.*¹

Ved aquí, católicos, todas las maravillas que se obran en un pecador verdaderamente arrepentido; ved aquí esa prodigiosa economía de procedimientos con que la gracia produce la trasformacion de la alma; ved aquí un bosquejo de la conversion. Esta grande obra nos muestra en la gracia su artífice divino; pero tambien pone de vulto en la naturaleza sus prodigiosos efectos. Examinad atentamente todos estos cambios inauditos que se obran aun en el mismo órden de la naturaleza: esas luces nuevas, esos sentimientos nuevos, esos goces nuevos, inauditos, y ya sorprenderéis el secreto de esas metamorfosis divinas que han hecho de un perseguidor un Apóstol en la persona de Pablo, de una criatura divagada una alma contemplativa en María Magdalena, de un heresiarca un Doctor de la Iglesia en el Santo Obispo de Hipona; que han trasladado de las calles y plazas públicas de Babilonia, por las soledades de la penitencia y los áridos desiertos, hasta los altares del Santuario á las Egipcíacas y Margaritas de Cortona: veréis, repito, el cómo y el porqué de la verdadera conversion.

(1) Math. cap. XVII, v. 4.

En efecto, católicos, la antorcha del desengaño nunca interrumpe vanamente las tinieblas del pecador: el alma nunca recibe sin fruto las primeras y mas deliciosas emociones de la caridad; ni los dones del Espíritu Santo dejan estéril el prado por donde corren. Fácil os es en vista de esto profetizar la suerte de esas almas felices que han sido alumbradas con aquella luz, movidas por aquellos sentimientos y enriquecidas por aquellos dones.

Pero, si el enemigo comun, redoblando sus ataques y sorprendiendo el sueño de la tibieza, sacude y postra el árbol corpulento, y le arrastra para incorporarle de nuevo en sus dominios, si el pecado mortal, rompiendo las mal cerradas puertas del espíritu, vuelve por fin á su antiguo albergue; ¿qué sucederá? No os lo diré yo, sino el mismo Jesucristo. Acordaos de sus palabras, cuando salvó al endemoniado, sobre el peligro que corria, si no se conservaba bien. Cuando el espíritu maligno, ha salido espulso de una alma que poseia, léjos de perder la esperanza, va como en busca de resfuerzo para nuevos combates, en solicitud de otros siete espíritus; y les convoca, y les reúne, y vuelve con ellos, y ataca, y sitia, y acecha, y espia, y lidia, y seduce, y promete, y atrae, y ofusca, y fascina, y ciega, é invade, y rompe, y entra con sus nuevas legiones á ocupar con ellas la morada que ántes habitaba solo, y ¿entonces? *el último estado de aquel infeliz, dice Jesucristo, es peor mil veces que el primero.*¹ ¿Qué sentencia, hermanos míos! ¿qué amenaza tan terrible y tan olvidada! Mas ya que por un efecto de la bondad de Dios estáis dispuestos á escuchar y meditar su palabra, sondead, si es posible, toda la profundidad de esta sentencia. Pero si la justa consideracion de nuestras pro-

(1) Matth. XII, 45.

pias tinieblas nos hace apelar á otra luz para comprender este lenguaje de Jesucristo, volved al Doctor sublime, al insigne comentador del Evangelio Santo, al mismo San Pablo, y el os dirá que el estado de aquel infeliz es peor que el primero, porque „es moralmente imposible que se renueven otra vez por la penitencia los que han tenido la desgracia de volver á caer, despues de haber sido iluminados, despues de haber saboreado el don de los cielos, despues de haber sido participantes del Espíritu Santo.”

De hecho, católicos, ¿qué recurso eficaz queda para la conversion á los infelices reincidentes? yo le busco, y en verdad no le encuentro. ¿Acaso los desengaños? no, porque es imposible que tenga desengaños el que ya está desengañado; y el infeliz reincidente todo lo conoce, todo lo comprende, todo lo sabe. ¿Acaso el delicioso gusto de los dones del cielo? Tampoco: raras veces se gusta de nuevo lo que se ha dejado con hastío; y el infeliz reincidente no sentirá con el mismo sabor que en la vez primera el maná dulcísimo que le habia regalado, en la segunda vez que le tome: y acaso, como los israelitas en el desierto, sentirá los efectos de la muerte al tomar el fruto de la vida. ¿Acaso los dones misteriosos del Espíritu Santo, que ántes le habian hecho tan amable la penitencia? Méenos: estos dones parten de un hecho cuya imposibilidad moral acabamos de reconocer: ellos vienen en seguida de los sentimientos del cielo, y de los santos desengaños y disgustos de la tierra.

He aquí porqué, á medida que el alma va recayendo en el pecado, sus luces se opacan, sus sentimientos se debilitan, sus posesiones santas se han ofuscado: es una especie de transaccion imperceptible entre el espíritu que

nos llama á la virtud, y la carne que nos impele al pecado; es un cálculo hipotético en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse; como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia; como si todo fuera para el pecado, y nada para la gracia; todo para el hombre, y nada para Dios; y como si fuera posible que al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparición de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el día venturoso de nuestra primera conversión.

No, católicos, no os engañéis, el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condición mas desastrosa, la crisis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el paraíso, pero Jesucristo destruyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Mateo el Publicano, dejó el Telonio, bastándole el no volver á él para ser un Apóstol, y el rico Zaqueo vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condición de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Urías y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sa-

cado el acero para castigar la insolencia del fariseo; como Ignacio de Loyola sufría las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, en fin, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvación, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad en las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de acción, ya no se mueve, sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras, no se mueve, sino de una manera cuasi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío: estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sentimientos: la conversión para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, católicos, no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmaos, por Dios, retroceded, asíos fuertemente de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esta especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Apurando todos los medios para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.